

I

Hacia un humanismo del misterio

Este ensayo es resultado de una intuición, de convicciones y de argumentos que se expresan por primera vez reunidos y formulados aquí por escrito⁵. El propio autor se ha sorprendido al ir encontrando tan presente la noción de misterio en otros autores de campos diversos, que no han hecho sino confirmarle en lo pertinente que podría resultar su propuesta.

Introducción

¿Qué son la mujer y el varón? ¿Qué es el ser humano, el hombre? Esta es, sin duda, una de las preguntas con respecto a las cuales estamos condenados a volver una y otra vez. Al mismo tiempo que sabemos que no encontraremos una contestación unívoca, una solución única o respuestas últimas, no podemos dejar de planteárnoslo perennemente. En el arte de ejercitarnos en la formulación de esta y de otras preguntas, identificando problemas y bosquejando intentos de contestación, con los conocimientos disponibles y la razón crítica y reflexiva como parte principal de nuestro utillaje, tenemos ya un camino y un horizonte que se antoja inacabable para filosofar, pero en el que cabe también avanzar.

Nos atrevemos a rebautizar lo que Kant denominó disposición natural de la metafísica, como disposición antropológica a la filosofía, que es eso mismo que acabamos de describir. El inevitable encuentro del ser humano consigo mismo al ser consciente de sí, que a la vez que se interroga acerca del mundo, se descubre como sujeto interrogante y se interroga él mismo acerca de él y de su papel en el mundo.

Podemos seguir afirmando con Eugenio Trías, una vez cruzado el umbral del tercer milenio, que siguen conviviendo la decadencia de las ideologías y la incapacidad de la ciencia y de la técnica para ser generadoras de fines y de valores últimos (*Filosofía y religión ante el próximo milenio*). En este contexto, aparecen por doquier las reivindicaciones de los valores humanistas y humanísticos, del humanismo y de los humanistas. Pero, ¿qué se entiende por humanismo? En no pocas ocasiones se trata de un estandarte que se alza, quizás como un resorte, como una reacción a la crisis cultural y al cientificismo. Como si existiese la intuición de que habría que reivindicarlo frente a no pocas dinámicas y procesos sociales, económicos y culturales en los que estamos inmersos y que resultarían nocivos y deshumanizadores, incluso si no se conoce bien en qué consiste el humanismo y en un contexto en el que proliferan poshumanismo y transhumanismo.

Sería oportuno volver sobre lo plural y lo complejo del asunto, intentando buscar mayor claridad o, al menos, reducir la oscuridad. E, igualmente, volver sobre lo fundamental y lo primero cuando nos interrogamos acerca del ser humano. Detenerse a pensar antes de cualquier formulación planteando lo siguiente. Si aquello que de modo más patente, inequívoco y universal comparten los seres humanos al descubrirse como seres que se interrogan acerca de sí mismos es, precisamente, que no tienen certezas últimas sobre aquello que son y la constatación de una cuasi

infinita diversidad de teorías, sentidos, hipótesis y propuestas de todo tipo, ¿por qué no establecer como punto de partida aquello que todos comparten? ¿Por qué no partir de la pregunta, de la ausencia de verdades apodícticas, como base más inmediata pero también más universal y certera? ¿Por qué no pararse allí antes de ensayar hipótesis? Muchas de las respuestas y de las formulaciones acerca de la cuestión de la condición humana han pecado de ir demasiado pronto al establecimiento del sentido o del sinsentido de lo humano. Lo que aquí sigue no es una impugnación de esas formulaciones, sino de la precipitación, del considerar como respuestas últimas lo que solo son respuestas tangenciales y penúltimas. Lo que proponemos es una incipiente reflexión, balbuciente y humilde, pero llena de apetito, bravura e ilusión para pensar, para desarrollar por escrito quizás inéditamente y en lengua castellana, aquello que pueda ser un humanismo interrogante o en negativo. Un ensayo sobre el ser humano que se descubre a sí mismo en sus interrogaciones sobre el mundo y que debiera hacer bandera común de ello antes de enarbolar cualquier otra bandera. Una filosofía antropológica o una antropología filosófica que hemos dado en llamar humanismo del misterio.

Nuestro itinerario estará marcado por los siguientes hitos. Primeramente, la reconsideración de tópicos y rasgos del humanismo, problematizado y amplificado. En segundo lugar, la noción de misterio, cuya presencia se multiplica en los saberes más diversos lejos de aminorarse. Por último, la propuesta de un humanismo del misterio y algunas de sus implicaciones filosóficas, cognoscitivas y vitales.

Postulamos ya desde el principio como irrenunciable una vida en la que habría que situarse no de espaldas sino de frente al misterio. La forma en que, lo queramos o no, se nos presenta el enigma de nuestra propia existencia a los seres humanos, con

carácter universal e irreductible, si es que tenemos suficiente capacidad racional, honestidad y valor para reconocerlo. A la divisa kantiana e ilustrada “atrévete a pensar”, podríamos añadirle esta otra: “atrévete a vivir de frente al misterio”. Atreverse a afrontar el enigma de la existencia humana, que es nuestra propia existencia. Estamos convencidos de que esto puede ayudarnos a conocernos mejor y a vivir mejor y también de que este cuestionamiento es parte irrenunciable e inalienable de nuestra libertad.

1. Reconsideración de tópicos y rasgos humanistas⁶

No pocas veces leemos o escuchamos – incluso a nosotros mismos – defender o reivindicar el humanismo y a los humanistas, sin concretar sin embargo qué entendemos por tales términos o asumiendo ideas muy generales que no se hacen cargo de lo complejo del asunto.

De entrada, se trata de un problema historiográfico que comienza en el siglo XIX con la investigación sistemática sobre el Renacimiento y el humanismo, con tesis generales y contradictorias. Según una de las simplificaciones a mitad del s. XV se daría una fractura histórica o revolución cultural que desligaría las tradiciones cristianas, asociadas a la ingenuidad y a la ignorancia de la población medieval amparadas por los predicadores, de las tendencias del humanismo y de la lucidez de los genios individuales renacentistas a través de quienes habría advenido el liberalismo, el espíritu laico y moderno. Para otros el humanismo sería algo artificial, moda literaria o amor estético por la antigüedad sin más. Según otros criterios el humanismo sería un movimiento conservador heredero de los Santos Padres y culminante en la Contrarreforma católica. También se distingue entre humanismo medieval y renacentista⁷.

Más allá de lo complicado de la cuestión, en la que no entraremos, podríamos apuntar a algunos rasgos principales del humanismo⁸ como movimiento diverso principalmente fraguado entre la época tardomedieval y renacentista: el sincretismo o eclecticismo religioso donde se mezclan elementos paganos y cristianos; la exaltación del antropocentrismo, de la autonomía de la razón y de las virtudes naturales y humanas, con la filosofía y la civilización clásicas como referentes; el optimismo antropológico racionalista, que aboga por la creatividad y la bondad de la naturaleza humana; la exaltación de la libertad del ser humano, llamado a hacerse a sí mismo, subrayando sus fuerzas creativas y virtuosas y la fortaleza de su voluntad, que no requerirían de la gracia divina.

Y, sin embargo, ¿qué pasa con aquellos pensadores o autores que no dan por sentada la libertad, que son críticos con los elementos de alienación y que, más que exaltar la autonomía humana, alertan acerca de su difícil ejercicio? ¿Qué sucede con aquellos que son más cristianos que paganos o que son ateos o agnósticos? ¿Cómo considerar a quienes advierten los peligros, las ingenuidades o los errores del optimismo racionalista o intelectualista? ¿Y a quienes no caen en la idealización de la cultura clásica? ¿Quedarían definitivamente excluidos de la consideración de humanistas? Respondemos que no. Y no es nada nuevo decirlo, al menos en lo que respecta a la existencia de humanismos ateos confesos y no solo de corte religioso. Al replantearnos aquello que consideramos humanismo o aquellos a quienes podríamos considerar humanistas, modificamos también las fronteras que habían quedado trazadas con la caracterización anterior.

Es lo que sucede con la definición de humanismo de Merleau-Ponty, que llama humanismo a una filosofía que afronte como problema las relaciones entre los hombres y la constitución entre ellos de una situación y de una historia que les sean co-

munes, reconociendo que Maquiavelo habría formulado algunas de las condiciones de todo humanismo serio⁹. Se desliga aquí el optimismo antropológico del humanismo y se sitúa el foco de una filosofía humanista no en la exaltación del hombre, sino en la problematicidad de las relaciones humanas abordada universalmente.

De manera que pensadores pesimistas antropológicos o que inciden en la naturaleza caída del ser humano, no tienen por qué ser considerados, sin más, como no humanistas o como antihumanistas y, si tenemos en cuenta la óptica merleau-pontiniana, habría que diversificar la gama de diferentes tipos de humanismo. Añadimos otra serie de posibles características más generales que las presentadas anteriormente. Estas son: la defensa del saber por el saber; la advertencia del buen uso que requiere la libertad, que no sería un logro adquirido sin más, como señaló Pico della Mirandola; la ambición por superar fronteras lingüísticas, culturales y religiosas a través del saber; el interés por el hombre como el objeto preferido de la literatura y centro de preocupación; la concepción universal del ser humano y la unidad de la naturaleza humana, más allá de sus diversas expresiones; la articulación de los saberes; la defensa de las nociones del ser humano y de humanidad y de la ciencia acerca de ellos como objeto de estudio.

Otra posible distinción entre tipos de humanismo o humanistas es aquella que queda dibujada por el carácter religioso o de afirmación de Dios junto a la del ser humano, en cuyo caso – como en el de Pico della Mirandola –, no sería inconveniente para la afirmación de la libertad y la autonomía humanas. O por el carácter ateo o agnóstico de aquellos que permanecen en el plano de la inmanencia. Ya sea sin plantearse cuestiones trascendentes. Ya sea negando la existencia de Dios o, en cualquier caso, mostrando su oposición a una dimensión superior o ajena a lo

humano cuya afirmación siempre sería, a su juicio, en menoscabo del antropocentrismo y de la autonomía humana. Sin embargo, ante este escenario cabe plantear: ¿Y si hubiese un tipo de humanismo diferente, anterior a estos, que se detuviera en el carácter interrogante del ser humano acerca de sí mismo y del mundo? Sería, más que un humanismo de respuestas, un humanismo de preguntas, un humanismo abierto, en negativo, o, mejor dicho, un humanismo que se hiciera realmente cargo de la condición enigmática de lo humano y de lo real, un humanismo del misterio. Un misterio compartido por todo el género humano, fuente de incógnitas comunes para todos sus miembros.

2. La noción de misterio

Resultaría contra-intuitivo y chocante extenderse a la hora de abordar la noción de misterio. Lo es ya intentar definir aquello cuya definición es la indefinición, por tratarse de lo que se nos presenta como secreto, oculto, inaccesible, vedado al conocimiento, reservado o incomprensible. Salta a la vista que no nos referimos a ningún rito iniciático místico o a dogmas religiosos, otras acepciones de misterio. Sin embargo, podríamos hablar también de la iniciación a todo aquello que es un misterio y que en la biografía de cada persona puede darse de múltiples maneras, en distintos ámbitos, de modo autodidacta o a través de terceras personas. Nos sean estas personas próximas: padres, abuelos, familiares, maestros, amigos, amantes, compañeros, hijos... cuyos relatos y experiencias vitales están más o menos trabados intensamente con los nuestros, o personas más lejanas. O nos sean personas más lejanas. Por ejemplo, mediante sus producciones artísticas, científicas y literarias, que forman parte de distintos momentos de nuestra vida, más o menos buscadas

o simplemente encontradas. De una inquietud, quizás nacida en el fuero interno, que busca en aquellas expresión, desarrollo e interpretación en un marco más amplio, a la casi imposición ambiental de una película, un libro o una música de la industria cultural de masas, que nos llegan como cebos a través de sus medios mercadotécnicos.

No obstante, no cabe prejuizar necesariamente, sin más, ni la proximidad de las personas próximas, ni la lejanía de las más lejanas. Tampoco hay que dar por supuesto el necesario acomodo o la virtud de aquellas mediaciones o instrumentos de interpretación o acompañamiento de los misterios de nuestra vida, hallados tras una búsqueda con tesón en lo recóndito. Ni si quiera presuponer la banalidad o infructuosidad de aquello con lo que damos más o menos fortuitamente, incluso como resultado de una estrategia publicitaria de la que somos público y que está siendo objeto de un consumo masificado. Capítulo y discusión aparte la valoración de la calidad y de las intenciones de los autores y distribuidores.

Al contrario de los ritos secretos religiosos antiguos, el misterio o los misterios de los que hablamos no consisten en una mágica o esotérica iniciación, aunque la imaginación y la intimidad de cada persona estén afectadas en su vivencia, porque no se trata de unos pocos elegidos que participen en misterios que se les ofrezcan en exclusiva. Se trata de la vida misma como un misterio cuyo paradójico acceso a su inaccesibilidad es universal a todo ser humano que se deje interrogar por ella, coincidente con la disposición antropológica a la filosofía. La vida misma con su acontecer nos expone o nos impone sus misterios de modo proteiforme. De manera dramática, patética, cruel o trágica, con las distintas caras de la muerte, el sufrimiento y la ruindad humana. O de forma sublime, exaltadora, jubilosa

o edificante, a través de la naturaleza, el arte o el amor, de los que resulta también misterioso cómo pueden causarnos horror, espanto, amargura, desazón o locura. No es menos enigmático cómo a partir de la experiencia de algunos males y su afrontamiento cabe también descubrir la bondad, la alegría, la ternura o la senda de la mejora de sí mismo. Asimismo el arcano de las lágrimas nos desafía, igualmente presente en el trágico sollozo que en el llanto de la risa.

Pero hablar de misterio no es solo hablar, como explicita Edgar Morin, del misterio de lo humano, de la trinidad humana, individuo, sociedad y especie. Porque esta se halla dentro del misterio de la vida. Y, en contra de lo que cabría esperar de acuerdo con un pronóstico ilustrado o positivista, el ritmo vertiginoso del conocimiento, de la ciencia y de sus descubrimientos no disuelve, sino que aumenta el misterio¹⁰.

Así, una de las conclusiones que, paradójicamente, es también un punto de partida, a la hora de reflexionar tanto acerca de la vida de los seres humanos como de la realidad circundante, es que tanto esta, como la existencia de los sujetos cognoscentes que se interrogan acerca de ella, son un misterio. Y esto no es una opinión. Ni un juicio de un filósofo o de muchos filósofos que se han puesto de acuerdo. Se trata de una constatación que se impone para muchos más allá de las fronteras entre disciplinas, de las formas de pensar o de los ámbitos del conocimiento. Podríamos decir que no es *doxa*, sino *episteme*.

A juicio del filósofo y sociólogo Morin una vez deconstruido el ser humano, nos hace falta deconstruir la deconstrucción y reencontrar así al ser humano en su complejidad¹¹. Y en su misterio. Así ha sido en el caso de numerosos autores, científicos y pensadores, que nos muestran un amplio y diverso abanico de

encuentros con el misterio de lo humano, de la naturaleza y de lo real y que no se agotan en esta pequeña muestra.

Lo vemos en René Girard, crítico literario y antropólogo, cuando describe la paradoja del yo humano, como “la unidad misteriosa, en todo hombre, de la autonomía y de la heteronomía más radicales”, como fuente, a la vez, de conflictos que nos enfrentan unos a otros, así como a nosotros mismos¹². Lo encontramos en Volker Gadenne, filósofo de la psicología, al advertir que “lo enigmático de la subjetividad no ha desaparecido con el avance de las ciencias neurológicas, sino que hoy incluso se constata con mayor claridad y se resalta más que hace unas décadas”¹³. Lo hallamos en Jean-Michel Oughourlian, neuropsiquiatra y psicopatólogo, al subrayar en un contexto terapéutico de relaciones de pareja, que la clave del amor reside también en reconocer el misterio del otro. En comprender que jamás podré poseer a quien amo, circunscribirle y definirle del todo, que “me escapará siempre, y que hay que preservar esta libertad, sin pretender forzarla, porque nos permite mantener el amor, que se alimenta de este misterio, de su reconocimiento habitual y reiterado”¹⁴. Lo leemos en el filósofo Frédéric Worms, que nos invita a aprender a pensar en los demás, reconociendo su realidad, que es a la par una evidencia y un misterio que sobrepasan nuestro pensamiento. Y lo que vale para los otros, vale para hacernos cargo de nosotros mismos. Sobre todo en las adversidades y en las pérdidas de los demás, en las que, especialmente, “yo devengo un misterio para mí mismo”¹⁵.

Empero, como decíamos, no se trata solo de tener en cuenta el misterio de lo humano, sino también del misterio más amplio en el que este se inserta, el de la vida y el universo. Lo pone de manifiesto Ramón y Cajal, cuando concreta su ideal de la ciencia: “Puesto que vivimos en pleno misterio, luchando contra

las fuerzas desconocidas, tratemos en lo posible de esclarecerlo. Concluida nuestra labor seremos olvidados, como la semilla del surco, pero algo nos consolará. El considerar que nuestros remotos descendientes nos deberán un poco de su dicha, y que gracias a nuestro esfuerzo el mundo resultará algo más agradable e inteligible”¹⁶. Y, de nuevo, lo plasma Morin, insistiendo en que muchos misterios no hacen sino intensificarse conforme a los progresos del conocimiento, en la relación entre ellos, estando todos reunidos en nosotros. Sería preciso, pues, “situar al humano en su misterio y al misterio en su humanidad”, porque “el misterio humano va unido al misterio de la vida y al misterio del cosmos, puesto que llevamos en nosotros la vida y el cosmos”¹⁷.

En consecuencia, hablar del misterio, no solo de lo humano, sino de la vida y del universo, no solo no es antitético, sino que es hablar de un misterio compartido, dialógico, que va de la inmensidad del cosmos al universo del fuero interno, pasando por la aldea terrestre y sus comunidades vecinales, manifestándose a la vez tanto sus itinerarios de maravillas y oportunidades por descubrir, como sus lugares inhóspitos y extraños de cuyos peligros hay que cuidarse continuamente. Transmutándose a veces lo uno en lo otro y viceversa.

3. Hacia un humanismo del misterio

Proponemos aquí, más allá y más acá de humanismos religiosos, agnósticos o ateos, un humanismo del misterio. Al menos como tentativa o esbozo de un humanismo que se pretendería más básico, primero y universal, que podrían compartir todos aquellos que sepan y quieran reconocer que antes, pero también

después, de la afirmación de un sentido último de la existencia humana o de la historia, experimentamos una realidad que se nos manifiesta como enigmática, en tanto que misterio. Una experiencia que vendría antes y que perduraría después de que el sentido de la vida se le atribuya a la existencia de Dios o se le confiera en su ausencia. Una experiencia que antecedería a la declaración de lo absurdo de la existencia, a la dimisión del intento de responder a las interrogaciones acerca de un sentido final y a su planteamiento, pero que también persistiría posteriormente. Primero que nada y después de todo, últimamente, universalmente, al menos humanamente, es el misterio de lo real, de la existencia humana y de la propia vida personal.

Si en el plano del compromiso y de la praxis por un mundo mejor, humanistas ateos y creyentes pueden avenirse, en el plano intelectual cabría que compartiesen un humanismo del misterio previo, en el que tanto los primeros como los segundos no pusieran en primer plano ni su afirmación de la ausencia o inexistencia de Dios, ni su fe en Dios, sino aquello que defendemos como primero y más evidente: el misterio y las preguntas que nos unen a todos los seres humanos. Sería un antídoto frente a cualquier dogmatismo, que no tiene por qué derivar en ningún nihilismo o abandono de las propias creencias o visiones del mundo, aunque sí conllevar la reconsideración de su carácter de certezas inmovibles.

Podríamos convenir en que defender este humanismo del misterio es más razonable, anterior y universal. Se puede hablar del absurdo de la existencia, del sentido de la vida como criaturas de Dios o de lo que se quiera, pero la afirmación o la negación de un sentido último están en un plano secundario. El misterio es anterior y posterior al insoluble dilema de si el ser humano no es más que resultado de la evolución de la vida y de

la complejización de la materia, conforme a las leyes de la física o si es algo más que eso. En la carrera de la vida la del misterio es la única línea de salida universal y certera y, también, humanamente, de llegada. Lo que no es óbice para custodiar una fe religiosa trascendente que se tenga por fe, no por una certeza impensada que además se pretenda ilegítimamente demostrable, ni por una creencia de contenido cristalizado, fácilmente deslizable por la pendiente de la idolatría. Lo que no obsta, tampoco, para afirmar un ateísmo que se tenga por hipótesis, no por un dogma cerrado, que ha deificado una razón sesgada y pontificado por encima de sus límites en un ferviente e irracional acto de fe en esa razón.

Por otro lado, frente a la pretensión de algunas concepciones positivistas y científicas de apelar a hechos desnudos o datos empíricos puramente positivos, no cabe sino reconocer, por mínima que sea, una irreductible dimensión de auto-referencialidad humana en cualquier empresa cognoscitiva, siempre mediada por el lenguaje del tipo que sea, producto también humano. Sorprendentemente cabe aplicar la misma crítica a algunos planteamientos fenomenológicos que, al igual que sus archienemigos, olvidan lo que, dicho con otras palabras, podríamos formular como que no cabe dimitir, poner en suspensión o despellejarse de la condición humana, sea para hacer una supuesta *ciencia pura*, para acoger una no menos supuesta *manifestación del ser* o practicar una pretendida *fenomenología pura*. Ni siquiera los antihumanistas pueden hacerlo. En conclusión, en toda empresa cognoscitiva humana, sea cual sea, además del misterio como insoslayable punto de inicio y de llegada, hay que añadir también conjuntamente y de modo igualmente inexorable, el punto de vista del ser humano como ineludible. Y, al decir humano, entiéndase también lingüístico, histórico, social, cultural. Sin que esto comporte ningún relativismo extremo o arrojar la toalla en el reto de forjar y mejorar interpretaciones, hipótesis, teorías

y paradigmas que, en continua discusión, den la mejor cuenta posible de una realidad también en movimiento, cambio y evolución.

Volviendo más propiamente a la realidad de lo humano, de cuyo prisma hemos visto que no podemos deshacernos nunca del todo para abordar otras realidades, vemos que el misterio que nos rodea y que somos no solo tiene sentido plantearlo y es pertinente en una dimensión gnoseológica, sino también en una dimensión axiológica. En *El credo de un humanista*, Erich Fromm afirma que somos libres ante la opción de rebajar o desarrollar la humanidad que tenemos dentro. Si, como dice, la libertad es la capacidad de obedecer la voz de la razón y del conocimiento, en contra de las meras pasiones irracionales, creemos que esta voz nos hace conscientes del misterio. Y creemos que reconocer, pensar, explicitar y compartir el misterio que somos, y en el que vivimos, desarrolla nuestra humanidad. Por el contrario, negar, reprimir, obviar o silenciar el misterio, mengua nuestra humanidad. Aún peor, advierte Scholem, “si el sentimiento de que el mundo esconde un misterio desaparece alguna vez de la humanidad, todo habrá acabado”¹⁸.

Toparse con la condición enigmática y misteriosa de la realidad no equivale a mero desconocimiento, ya que se trata de una toma de conciencia, como en el caso de la docta ignorancia de Sócrates o de Nicolás de Cusa, acerca de lo que no se sabe, de lo que no nos es accesible, de los límites de lo que conocemos. Unos límites que nos hacen experimentar el misterio no solo al dirigir la vista al cielo, sino también al suelo, recordando nuestro modesto origen, en el mismo *humus* en la raíz etimológica de tierra, de humano y de humildad. Virtud que sale a nuestro encuentro cuando, más allá de todas las conquistas y horizontes abiertos por los seres humanos, reconocemos el *mystérion*, lo que permanece cerrado y secreto.

Sabemos que no encontraremos una respuesta última a las preguntas filosóficas que estamos condenados a plantearnos una y otra vez. Estas coinciden con la condena de Sísifo recordada por Camus. Podríamos decir que para bien y para mal. Pero pensamos que es más para bien que para mal que estamos condenados a la filosofía, contra toda tentación de fanatismo y de censura dogmática, porque se trata de una condena paradójica que es también signo de la conquista, siempre inacabada, de la libertad. En este sentido la auténtica pena es la que supone el impedimento del cuestionamiento, del planteamiento de los interrogantes que nos suscitan la vida, la realidad, la sociedad, la cultura..., ya sea en regímenes totalitarios y dictatoriales o bajo la opresión de ideologías políticas o religiosas de cualquier signo. Ya sea en una cárcel de hierro, según expresión de Weber, o en una cárcel de goma, según metáfora de Gellner. Ya sea en un país o en un grupo, en una institución y hasta, por qué no, en la propia familia. Hasta ahí puede que sea preciso evocar, reivindicar, ejercer conjuntamente el derecho a filosofar y el *derecho a la filosofía*¹⁹.

Compartir las preguntas que nos hacemos, los ensayos de respuestas que conocemos de otros, las ideas y pareceres que asumimos como propios y cómo y por qué lo hacemos. Las implicaciones personales, éticas y políticas y nuestro grado de coherencia e incoherencia teórica y práctica. Todo eso es y puede ser un terreno muy fructífero para seguir conociéndonos y auto-conociéndonos. Este sería un rasgo afín al humanismo del misterio como *ismo* o tendencia filosófica, que promueve compartir antes el cuestionamiento que la respuesta, antes el interrogante que la solución, antes el enigma que la resolución, viviendo no de espaldas a la conciencia del no saber, sino de frente al misterio que ignoramos pero que también nos sabemos y al que pertenecemos.

4. Vivir de frente al misterio²⁰

Al situarnos frente a la muerte podríamos pensar que esta constituye el mayor enigma que cabe plantearnos. Y, sin embargo, de hacerlo así, estaríamos siendo injustos con un enigma aún mayor al que aquella pertenece y que nunca debería quedar relegado: el enigma de la vida.

El tiempo fugaz que constituye nuestra existencia humana hace que nuestra vida esté marcada en mayor o menor medida por la conciencia de su finitud. La muerte de los otros nos aproxima a esta conciencia, golpeando tanto más fuerte cuando se presenta de un modo más violento, imprevisto, anticipado o insospechado. Quizás querer creer que la muerte es algo que no nos llegará nunca a nuestro hoy, junto al temor y la incomodidad de afrontar si quiera su sola idea, nos alejan de tomarla en consideración para extraer las enseñanzas que oportunamente podríamos tomar para vivir mejor. También la cultura que respiramos parece incitarnos a la ocultación de la muerte y de nuestra mortal y finita condición. Incluso si, paradójicamente, nos atrevemos a disfrazarnos de ella.

Pero puede que haya que identificar y denunciar un mayor y más escandaloso escamoteo que el de la dimensión de la muerte, y es el de la de la vida misma en tanto que misterio. ¿No es esto algo obvio, evidente, el que la vida es por siempre un enigma irresuelto? No lo es en tanto que podríamos decir que uno de los ingredientes que han caracterizado y caracterizan integristos, fanatismos, fundamentalismos y dogmatismos religiosos, ateos y de cualquier tipo es, precisamente, haber violado la condición enigmática de la vida, falsificándola con una supuesta resolución última de su sentido a través de una u otra visión o interpretación del mundo. Hoy, además, puede que la continua distracción en

torno a objetos y experiencias de consumo y de placer nos sitúe de espaldas al misterio, favoreciendo nuestro egoísmo y nuestra dimisión de compromisos y responsabilidades con la realidad y con la vida, inclusive la propia.

Quizás uno de los elementos de la crisis cultural de nuestras sociedades sea que, como señaló Ortega, el río de Heráclito ha tomado conciencia de su propio devenir. Es decir, habríamos tomado conciencia como nunca de nuestra condición inexorablemente histórica, de nuestro propio devenir constante, cuestionando también los que en otros tiempos se habrían pretendido fundamentos últimos e inmovibles de la vida humana como entidades objetivas y en mayúscula: Dios, Razón, Naturaleza, Nación... de los que se hacían emanar los principios rectores de todo.

Sin embargo, como apuntábamos, asumir el misterio de la vida no supone renunciar a una cosmovisión o a unas creencias, sino más bien situarlas, con honestidad y valentía intelectual, en el plano contingente que les corresponde racionalmente: el de los seres humanos, sastres de sus propios ropajes socioculturales y religiosos, según metáfora de Ortega, que lo único de lo que pueden tener certeza absoluta es de que están tejidos con los hilos de las circunstancias que los han ido conformado históricamente.

En particular, en referencia a los ropajes religiosos, en la medida en que las religiones tratan acerca del sentido de la vida, pero no solo (a nadie se le escapa su alcance político, ético, económico, cultural), lo religioso y el diálogo interreligioso no son solo un asunto de las religiones ni de los religiosos. La envergadura antropológica del fenómeno invita a adoptar un enfoque interdisciplinar y también filosófico. Una certeza apodíctica de la que partir es que todas las religiones, con independencia de sus pretensiones, son un producto humano. Por su parte, el fenomenólogo de la

religión Gómez Caffarena, constató que toda religión se remite, en última instancia, a la dimensión del enigma y el misterio. De nuevo el enigma y de nuevo el misterio.

Religiosidad, agnosticismo, y ateísmo no tienen por qué ser excluyentes y no compartir un *pathos*, un espacio para el diálogo. De acuerdo con Ortega, ni Dios ni la religión son patrimonio exclusivo de las confesiones religiosas. Incluso, según su concepción, hasta puede haber ateos religiosos. Porque religioso sería todo aquel que se toma en serio la vida, que se opone a la impiedad y a la frivolidad de quienes piensan que el mundo es solo una diversión, un inmenso juguete metafísico. Para el filósofo español, el hombre respetuoso, que es el hombre religioso, piensa que el mundo es un problema, una dolorosa incógnita que le es necesario resolver o, por lo menos, aproximarse indefinidamente a su solución, aun cuando pueda en el empeño asemejarse a la pesada y eterna tarea de Sísifo que, decíamos, paradójicamente, cargando con la losa de sus eternas preguntas y misterios, no está sino ejercitando también su libertad.

Vivir de frente al misterio es vivir de cara a la realidad, sensibles a las preguntas que compartimos todos los seres humanos cuando nos dejamos interpelar por ella. Es vivir con solicitud, sin caer en la tentación de la frivolidad. Es vivir sin insultar el sufrimiento ajeno o el propio, con ideas peregrinas que utilizan imágenes de un dios o de un destino sádico e insoportable que nos estaría deparando castigos, coaligado con los males que nos aquejan. Es vivir destinando nuestras mejores energías mentales y vitales contra toda calamidad aún sin llegar a comprenderla. Vivir de frente al misterio es vivir nuestra humanidad interrogante e interrogada por lo real y por el mal en plural. Es estar en la realidad, en el cruce de caminos donde se busca permanentemente la verdad, pero también el bien, la belleza, el amor, la amistad.

Acaso hemos tenido la fortuna de conocer ejemplos vivos de quienes, sin necesidad de teorizar, vivían ya con hondura, con sensibilidad, buen humor y en serio, con sus pasos dirigidos hacia un humanismo del misterio. Que este ensayo, a quienes somos más torpes, pueda ayudarnos a hacerlo.

“Dostoievsky decía: ‘El hombre es un misterio. Si, para elucidarlo, pasamos en ello nuestra vida entera, no hemos perdido nuestro tiempo’. Él añadía: ‘Yo me ocupo de este misterio, puesto que quiero ser un hombre’. [...] Este forma parte de un misterio más amplio”.

Edgar Morin

“Hoy miro al cielo con los pies en el suelo, porque ser humano es lo que sueño ser”.

Eros Ramazzotti

Procedencia de citas:

Giovanni Pico della Mirandola: *Discurso sobre la dignidad del hombre*, Edición de Pedro J. Quetglas, Barcelona, PPU, 2002, pp. 50-51.

Jean-Michel Oughourlian. Hommage à René Girard, Issy-Les-Moulineaux, 5 avril 2016.

Edgar Morin: Entretien, *Le Monde*, 19 avril 2020.

<https://www.lemonde.fr/idees/article/2020/04/19/edgar-morin-la-crise-due-au-coronavirus-devrait-ouvrir-nos-esprits-depuis-longtemps-confines-sur-l-immediat_6037066_3232.html>

Carlos Domínguez: “Místicos y profetas: dos identidades religiosas”, *Proyección*, nº 48, 2001, pp. 339-366.

Edgar Morin: *Connaissance ignorance mystère*, Paris, Fayard, 2017, p. 15.

Eros Ramazzotti: *Cosas de la vida*, 1993.

Miguel de Unamuno: *Niebla*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 277.

San Juan de la Cruz: “Definición del amor”, *Poesía completa*, Barcelona, Ediciones Brontes, 2013, p. 70.

Gloria Fuertes: “A Nuestra Señora de la Mayor Soledad”. Citado en: Emilio Ramón, “Gloria Fuertes: la poesía como alternativa femenina ante lo establecido”, *Especulo. Revista de Estudios literarios*, nº 32, 2006. <<http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/gfuertes.html>>

Carl R. Rogers: *El proceso de convertirse en persona*, Barcelona, Paidós, 2011, p. 171.

Yuval Noah Harari: *21 lecciones para el siglo XXI*, Barcelona, Debate, 2018, pp. 15-16.

Romero San Juan: *Manantial de la Belleza*, 1997.

Notas

- 1 M. Foucault, *Hermenéutica del sujeto*, Madrid, Ed. de la Piqueta, 1994, p. 33. Foucault denuncia “cómo se ha pasado del cuidado de sí al conocimiento de sí, y cómo gracias a las ideologías y valoraciones sociales, a las presiones institucionales, hemos olvidado la dimensión pragmática de nuestra vida (o al menos, minusvalorado), maximizando, por el contrario, la parte teórica no-pragmática”. C. Nieto: *Conjeturas sobre el conocimiento. Una teoría actual*, Alicante, Publicaciones Universidad de Alicante, 2007, p. 17.
- 2 Habrá que añadir que esta atención a uno mismo no es ni en Foucault ni en Ortega una dimisión o una excusa para dar la espalda a la realidad o al prójimo. Al contrario, sería un mejor modo para volverse hacia ellos.
- 3 F. de Quevedo, *Los sueños*, Madrid, Austral, 2017, p. 132.
- 4 En este prólogo a la segunda edición de *El hombre y la muerte*, Morin, prácticamente 20 años después de la edición aparecida en 1951, afirma que si bien se distancia de lo expuesto en el que era anteriormente el último capítulo de su obra, confirma la idea final, que sería esta que hemos entrecomillado en el cuerpo del texto. *El hombre y la muerte*, Barcelona, Kairós, 2011.
- 5 Una versión embrionaria fue divulgada a través de la comunicación “Por un humanismo del misterio” en el VIII Congreso de la Sociedad Académica de Filosofía, en la sede congresual de la UNED de Barcelona, el 28 de abril de 2017.
- 6 Este apartado recoge párrafos modificados y extractados de un trabajo anterior: “La crítica de René Girard al humanismo”, *Isegoría, Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 54 (2016), pp. 261-273.
- 7 J. Verger, *Gentes del saber en la Europa de finales de la Edad Media*, Madrid, Ed. Complutense, 1999, pp. 245-255.
- 8 E. García Estebanez, *El Renacimiento: Humanismo y Sociedad*, Madrid, Cincel, 1986, pp. 10-15.
- 9 Merleau-Ponty, M., *Signos*, cap. X, Barcelona, Seix Barral, 1973, p. 279. Citado en: voz “humanismo”, J. Russ, *Léxico de Filosofía*, Madrid, Akal, 1999, pp. 186-187.

10 Insiste particularmente en su libro: *Connaissance ignorance mystère*, Paris, Fayard, 2017.

11 « Nous avons déconstruit l'être humain, Il faut à présent déconstruire la déconstruction et retrouver l'être humain dans sa complexité ». Edgar Morin.

10/7/2016. Twitter: < <https://twitter.com/edgarmorinparis/status/752133127938670592> >.

12 R. Girard, *Shakespeare: les feux de l'envie*, Paris, Grasset, 1990, pp. 183-184.

13 V. Gadenne, *Filosofía de la psicología*, Barcelona, Herder, 2006, p. 41.

14 J.-M. Oughourlian, *Genèse du désir*, Paris, Carnets Nord, 2007, pp. 259-260.

15 F. Worms, *Penser à quelq'un*, Paris, Flammarion, 2014.

16 S. Ramón y Cajal, *Pensamientos de tendencia educativa*. Centro de Estudios Históricos - Archivo de la Palabra, 1931. Biblioteca Nacional Hispánica. Biblioteca Nacional de España.

17 E. Morin, *El Método V. La humanidad de la humanidad*, Madrid, Cátedra/Teorema, 2003, pp. 325-327.

18 G. Scholem en su libro *Hay un misterio en el mundo*. Citado por M. Fraijó, entrevistado por J.J. Sánchez y E. Villar, *Éxodo*, nº 115 (2012), p. 2.

19 Título de un seminario y de un libro de Derrida. Un derecho reconocido y reivindicado por la UNESCO en diferentes ocasiones, sobre todo en la *Declaración de París en favor de la Filosofía* de 1995.

20 Publicado previamente en el diario *Ideal*, 30 de octubre de 2016. También en la revista digital *Ensayos de Filosofía* y como homenaje en el volumen: J.D. Barrientos et ál.: *La Filosofía y el Bien. Agradecimientos a Miguel García-Baró*, Madrid, Ápeiron Ediciones, 2018, pp. 341-342. Aquí se han realizado algunas modificaciones y adiciones, como la de párrafos revisados provenientes del artículo: "El diálogo interreligioso. Una aproximación filosófica". *Ensayos de Filosofía*, nº 3, 2016, 1, 1.